

JOSE MARTI*

— por Ventura García Calderón —

Cuando preparaban en París los bajorrelieves que debían circundar el monumento al Genio Latino, hubo alguien, admirador filial del apóstol de Cuba, que sugirió el nombre indispensable de Martí. ¡No podía faltar en aquel bloque de paladines! Entonces un novelista brasileño respondió ingenuamente, mirando la fotografía del maestro:

—Pero tiene levita. ¡Cómo podemos incluirle en esa parada de libertadores!

Sonreímos, porque el novelista había traducido, sin saberlo, una opinión común. Está muy cercano Martí para que la posteridad sea justa con él. Le falta la distancia requerida por Emerson para contemplar las montañas y los hombres. Nuestros hijos sabrán mejor que nosotros canonizar dignamente al último santo de la libertad.

En pocos "hombres simbólicos" se hizo carne tan entrañablemente aquel amor a la patria que puede ser ceguera exclusivista cuando no es, como en el caso de Martí, piedad del hijo esclavo que rescata a su madre. Se rejuvenecen, merced a su abnegado amor y al don genial de la palabra, las metáforas que un largo empleo había desmonetizado en América.

Martí puede invocar el nombre de patria porque es su herida abierta; tiene derecho de entonar, en estrofas de prosa, el peán de la libertad, porque va a morir por ella; puede pedir que cubran su cadáver con la bandera, porque en ésta, como en el lienzo de Verónica, estampará su perfil de agonia.

* Prólogo del libro de José Martí, *Madre América*, de cuyas páginas hemos sacado el artículo *Nuestra América*, que reproducimos en este número de los *Anales*.

Nadie tuvo en lengua española esa arrogancia verbal, esa lucidez en el delirio, ese amor comunicante del hombre nacido para evangelizar y redimir. Si la historia es una predestinación, Cuba lo prueba. Cuando fué necesario para un pueblo que confluyeran en un solo espíritu el desinterés, el amor operante y el más contagioso arrebató lírico, nació José Martí. Su vida, perpetua ofrenda y despilfarro de bondad, juntaba fuerza y dulzura. Tradujo para los niños en frases ingenuas e ingeniosas los grandes amores vitalicios; y habló de Cuba como de una novia.

Por tal amor, tan tremendo y absoluto que parece extremo de mujer, no estaba destinado a llevar en el alma otras preferencias. Pero Martí, como Bolívar, puso el oído al corazón del Continente. Para adivinar el futuro de Cuba, estudió el pasado de América.

Continuaba allí, después de un siglo, el conflicto de "la ciudad universitaria y los campos feudales", idéntica lucha de unos cuantos con la barbarie invasora como una vegetación de selva. Blancos, indios y negros eran, por primera vez en la historia del mundo, los terratenientes del mismo solar, los hermanos despavoridos que recibieron el legado peligroso. ¿Cómo iban a fundirse tantos atavismos, cuál iba a ser el destino de los mestizos magníficos?

Martí miró el porvenir y no desesperó. Cien páginas suyas arrebatan por su elocuencia vertiginosa; pero pocas pueden conmover a un americano como éstas que publicamos hoy, en donde el vagabundo condenado, el Atrida de las libertades sangrientas, recorre, jadeante, el pasado negro que es preciso extirpar y el presente incierto en que reviven las barbaries antiguas.

Pero allá arriba, en el sigilo nocturno, la connivencia de las constelaciones le ha dicho que nada está perdido. En su alma frondosa y llena de nidos, una punta canora se inclina siempre, como el pino de Heine, hacia la luz latina.

Y, anticipando la aurora, José Martí saluda a su Madre América.